

LA INTEGRIDAD NACIONAL.

PERIODICO POLITICO.

DIRECTOR: ANTONIO G. LLORENTE.



2.^a Serie.

ESTE PERIÓDICO
se publica los días 3, 6, 9, 13, 17, 20, 24, 28
y último de cada mes.

Madrid: 17 de Abril de 1870.

REDACCION Y ADMINISTRACION:
Plazuela de Santa Catalina de los Donados,
núm. 2, cuarto bajo.

Núm. 12.

IMPORTANTISIMO.

Reproducimos el manifiesto que el Casino Español de la Habana dirige á la Nacion sobre la venta de Cuba. A ese documento inapreciable unimos nuestra voz, adhiriéndonos á su letra y á su espíritu y recomendando su lectura á todos nuestros compatriotas.

¡AL PUEBLO ESPAÑOL!

«No repuestos de la amarga sorpresa que ha causado en los que suscribimos, insulares y peninsulares residentes en Cuba, el telegrama del día 13 del corriente, que da cuenta de la infamante proposicion estampada por una parte de la prensa de Madrid, sobre la conveniencia de la cesion ó venta de esta isla á una nacion extranjera, levantamos nuestra voz ante el pueblo español, y ante él protestamos solemne y enérgicamente contra tan vil y humillante proposicion.

Si esos escritores obcecados ó mercenarios, hollando los sagrados derechos otorgados por el triunfo de la revolucion, se creen impunes para secundar los infames manejos de los que han convertido esta próspera y pacífica isla en campos de desolacion y esterminio; nosotros, que no reconocemos en poder alguno el derecho de segregarnos de la familia española, apelamos al tribunal de nuestro pueblo, siempre sensato, y los acusamos de traidores á la patria y de culpables del crimen de lesa nacion.

Así lo demandan la grandeza y porvenir de nuestro pueblo. Así lo demandan los inviolables derechos de nuestro territorio. Y así lo demanda, finalmente, el firme propósito que tenemos hecho de ántes sucumbir que renunciar á la nacionalidad de nuestra naturaleza ó de nuestro origen.

Si nada valen para esos hombres, faltos de pudor y patriotismo, los recuerdos imperecederos de nuestra historia, de nuestra grandeza y de nuestro poder; si nada les enseñan las elocuentes lecciones de los pueblos que en titánicos combates defienden sus conquistas y sus derechos, mostrádes la sangre de vuestros hermanos derramada en las playas de Cuba en defensa de esa honra que con tanta impudencia se atreven á pisotear. Y si ni aun esto fuera suficiente para que esos perjuros desistan de su audaz empeño de rasgar la enseña de nuestra nacionalidad; ¡acá con nosotros; y al par que protestéis de su inícuo proceder, arrancadles la máscara, y de seguro que bajo la hipócrita cubierta de fementido patriotismo, hallareis, ó su mano manchada con la sangre de vuestros hermanos, ó oculta entre sus dedos la moneda infame con que han vendido sus doctrinas, su conciencia y su lealtad!

No cabe, no, en pechos españoles dar por premio á largos días de luchas, de afanes y fatigas, la usurpacion deshonorosa á los leales, de sus derechos de patria y nacionalidad, y la criminal entrega, sin miramiento alguno, de sus buenos hijos á extranjera dominacion.

Pero si alguno hubiese que, ambicioso ú obcecado, abrigando esa esperanza, desoyera la voz de nuestros clamores, recordadle que cercano está el día de nuestra victoria; recordadle que su conquista será la página gloriosa que aparecerá brillante en la difícil y azarosa época por que atraviesa nuestra nacion: mas recordadle tambien, que si tal crimen se consiente, el padron de ignominia que se imprimirá en la honra española será mancha indeleble que jamás nos perdonará la historia, y que hará doblegar la altivez y dignidad de nuestra patria, ante la severa mirada de las naciones.

Y dejamos hecha promesa con juramento inquebrantable, que afrontaremos impasibles la nota de inobedientes, antes que permitir que esta tierra sea arrancada del mapa de nuestra nacion. Y en la fé de nuestra conciencia y en la conviccion de nuestro valor, repetimos ahora lo que al gobierno y á las Cortes ya hemos dicho:

«LOS ESPAÑOLES QUE ESTÁN EN CUBA PODRÁN SER VENCIDOS; CEDIDOS Ó VENDIDOS JAMÁS: CUBA SERÁ ESPAÑOLA Ó LA ABANDONAREMOS CONVERTIDA EN CENIZAS.»

Habana, marzo 23 de 1870.—(Siguen las firmas.)

NOTICIAS DE CUBA.

Pudiera comprenderse en algunas publicaciones, por el espíritu de los escritos que en ellas se insertan con referencia á las cuestiones de Cuba, que les causa desagrado toda noticia favorable á la buena causa, sobre la decadencia de la insurreccion en esa provincia.

El solo anuncio de que la rebelion va corriendo á su término, de que nuestras armas continúan vencedoras, de que los jefes de las bandadas insurgentes se acogen á la piedad de nuestras autoridades allí, de que los aventureros comprados con el oro de los traidores huyen de la isla, libertánola de futuras depredaciones; el solo anuncio de que va á adoptarse un sistema de guerra que acerque más el anhelado restablecimiento de la tranquilidad pública, les causa tristeza y les produce un desaliento que se revela en sus negaciones, ó en la fingida incredulidad que ostentan.

Los que tanta conmiseracion guardan en el alma para con los enemigos de España y tienen siempre en los labios amargas censuras y palabras de vulgar sarcasmo para los defensores de la nacionalidad española en América, si están en error, por la equivocada creencia de que en las Antillas no reside en los desafectos una idea traidora, ó si con hipócrita aspiracion pretenden crear en la Península un sentimiento de antagonismo contra el poder español en Cuba, olvidan ó no comprenden que algun día ha de venir sobre ellos la justísima reprobacion y la merecida maldicion de nuestro pueblo.

Que en las luchas de partidos, que por exclusivismo de doctrinas políticas se hacen cruda guerra, existan y se manifiesten ideas de piedad por el error de los que llevados por la buena fé combaten, excusable es; pero que en contiendas cuya bandera y cuyo propósito se concretan á la destruccion del poderio y del nombre español, cuyos medios son la humillacion y el esterminio de nuestra raza, y cuyo origen no puede explicarse, porque en él nada hay que no sea degradante y odioso, se pretenda siempre despertar simpatías para con los que hacen alarde de desprecio y de rencor parricida á nuestros progenitores, no sólo es inexcusable, sino repugnante á nuestros ojos y á los de todos los hombres cuyo corazon no esté cerrado á la dignidad.

Dícese que sostenemos una contienda cruel y sangrienta en Cuba; no es verdad. Hasta hoy, si de algo se ha pecado allí, es de una indulgencia excesiva para con los alevosos traidores que han dejado un rastro de desolacion por donde quiera que han pasado.

Si desde los primeros momentos de la insurreccion, se hubiera desplegado con sus autores la misma severidad inexorable con que aquí en la Península se trató á los que se levantaron en armas contra el Gobierno; si se hubiesen aplicado á esos irreconciliables enemigos de la patria, idénticos castigos que los que sufrían aquí los que sólo eran arrastrados por la pasion de partido; si no se hubiera hecho alarde de una benevolencia estremada con los más peligrosos promotores de la rebelion cubana, benevolencia que no se usó ni con los carlistas ni con los federales, es seguro que no habria tomado tanto vuelo el filibusterismo.

La lenidad con los que arrojaba desde la isla de Cuba la indignacion pública ó los tribunales, produjo dos efectos contrarios y ambos deplorables para nuestra causa. Los castigados, al ver que en vez de sufrir las condenas impuestas se les eximia del cumplimiento de ellas y se les trataba con galantes consideraciones, llegaron á figurarse que no eran culpables y que estaban en su derecho al haberse sublevado. Los que quedaban en Cuba, al tener noticia de la acogida que aquí merecian sus cómplices, se sentían alentados á proseguir su tarea de devastaciones y de crímenes, contando con idéntica impunidad. Por último, los buenos españoles, los que se estaban sacrificando por defender en Cuba nuestra nacionalidad, veían con dolor que en Madrid se neutralizaban con lástimas intempestivas los triunfos que iban obteniendo, pues todo escarmiento y toda represion eran imposibles con tal sistema: su efecto inmediato fué un gran incremento en la rebelion.

La fraccion de la prensa que entonces coadyuvaba á tal obra, aunque obrando hoy bajo otro orden de ideas, viene á producir iguales males con la tenacidad en propagar ciertos errores. Lo mismo que entonces, hoy se crea atmósfera tratando de persuadir la opinion pública de que la lucha en Cuba es entre el principio liberal y el sistema reaccionario: que todos los que simpatizan con las ideas dominantes en España están tiranizados, y no tienen siquiera libertad de expresarlas: que el poder español tiene muy pocas simpatías en la mayoría del país, y que se sufre á duras penas sólo porque está sostenido por la fuerza del ejército.

Estas vulgaridades tan llenas de mala intencion no debían obtener más que un *mentis* seco, sino viéramos que se propalan uno y otro día, y van á extraviar la buena fé de la multitud de lectores de esos diarios, que no conocen á fondo los asuntos ultramarinos, y que tanto han menester quien les ponga la verdad á la mentira, y quien les pruebe con datos irrefutables la triste manera con que hasta ahora ha venido abusándose de la credulidad general.

Es preciso que repitamos hasta la saciedad, que en Cuba no es el Gobierno sólo el que lucha por ahogar la insurreccion; sino que repitiéndose el magnífico ejemplo de la guerra de la Independencia, la mayoría de la poblacion se arma espontáneamente para ayudarlo, y ofrece con prodigalidad sus tesoros para tal fin, al ver la penuria del Erario; que las filas leales no se forman de reaccionarios, sino que figuran en ellas hombres de todos los partidos conocidos en España; pero que momentáneamente funden en una sola idea, la de la defensa de la patria en peligro, sus diferencias políticas; que en Cuba no hay ningun partido medio, pues sólo existe el de los españoles leales y el de los traidores: que excepto cuarenta ó cincuenta ambiciosos que soñaban con ser poder, el resto de los que figuran en la rebelion son el vulgo de aquella sociedad, y todos los que no podían avenirse á medrar de otra manera que por el merodeo y el latrocinio; tanto, que quizás el único beneficio que habrá traído la rebelion será dejar purgada la isla de vagos y malhechores para mucho tiempo; y por último, debemos atestiguar que todo el mundo puede expresar hoy sus ideas en Cuba con libertad, siempre que no sea dentro del *criterio insurgente*, como lo prueba la prensa de aquella Antilla, y su multitud de círculos y reuniones patrióticas, donde no se oyen más que protestas reiteradas y ardientes de adhesion á España. Sostener lo contrario es hacer insigne falsedad, ó una culpable malevolencia, que sólo es explicable en nuestros constantes enemigos: ¿es para éstos para los que se quiere la libertad? ¿Es que se deplora que éstos sean los únicos á quienes se impida el derecho de reunion y de manifestacion?

En todos tiempos, y durante nuestras guerras con otras naciones, nunca se vió que despertaran tantas simpatías los extranjeros que nos hostilizaban, y hoy que como extranjeros debemos considerar á los insurgentes, pues no sólo desprecian y reniegan del nombre español, sino que procuran la desmembracion del reino, se levantan voces en la misma metrópoli desnaturalizando su infame agresion, tergiversando todas las noticias que pueden descubrir sus maldades, ocultando sus hazañas más horribles; y como contraste á estos propósitos de atenuacion sistemática, esos mismos diarios acriminan á nuestras autoridades, calumnian á sus héroes auxiliares, y no tienen ni una palabra de lástima para el infeliz soldado, que víctima del honor militar, es impulsado sólo por el amor á la patria, ha abandonado aquí su familia y sus afecciones para ir á sucumbir en medio de los bosques de los trópicos, no luchando de frente con enemigos que siempre huyen su presencia, sino herido traidoramente por balas lanzadas desde los matorrales ó las emboscadas.

Tanto interés y tanta compasion por los insurrectos que acechan y asesinan á los nuestros, y tanto desden por la suerte desgraciada de esos millares de *voluntarios* que desde aquí han ido á reforzar nuestro ejército, es inconcebible en periódicos que se escriben quizás al lado de tantas madres afligidas por la pérdida de hijos

que han ido á sellar con su sangre, su respeto y su veneracion á la patria amenazada.

¿Quién ignora ya el carácter de aquella lucha inícuo y sin ejemplo? Nuestros soldados contrastaban por su generosidad con la crueldad de sus enemigos: las familias y los niños abandonados por estos, recibían cariñosas y paternal hospitalidad de las tropas españolas, en los momentos mismos en que eran acosados y atacados traidoramente y por la espalda; y cuando después de la victoria, el perdón y el olvido era lo que encontraban en el seno de nuestras columnas; nuestros descuidos, nuestra confianza ó nuestra imprevision, los alentaban para continuar los incendios, el pillaje y los asesinatos, que constituían su sola táctica de guerra.

Y esto no lo dicen los diarios á que aludimos: y llegan noticias que regocijan á todo corazon español, y se adulteran de tal modo, que lo que es un título de legítimo orgullo, lo presentan como hechos dignos de censura y de descrédito.

Hoy mismo, que la lucha ha llegado, no á su período álgido, sino á su último término de decadencia, se censura la enérgica y digna allocucion del general Caballero de Rodas, y se le califica de cruel, porque, agotada la paciencia de toda la poblacion cubana, se trata de acabar de golpe y para siempre el sistema de depredaciones, y el general se decide á ser el ejecutor de esa imperiosa necesidad del país. Pero se calla que en esa misma allocucion en que amenaza á los recalitrantes con ser inexorable, abre sus brazos á los arrepentidos, y promete perdón completo á los que renuncien á seguir sembrando de ruinas su propio país.

La guerra se ha hecho siempre, no para dar gusto á los enemigos y tratarlos con dulzura, sino para someterlos por los medios que están al alcance de toda potencia soberana; por lo cual es extraño que entre nosotros haya quien lleve á mal que España haga uso de tal derecho, y se siga mostrando tal interés por sus enemigos.

Nos perdemos en conjeturas sobre los móviles que impulsan á esos diarios; no queremos siquiera pensar lo que les pronostica el *Boletín diplomático*, de que tal conducta ha de acarrearles el anatema de *inconscientes instrumentos de los últimos planes* del insurgentismo. —Sólo deploramos el daño que están haciendo á nuestra causa, cuando debían contribuir con todas sus fuerzas á no alentar una insurreccion ya agonizante y cuyo triunfo es imposible; si aún la galvanizan algun tiempo con sus imprudencias antipáticas, las víctimas nuevas de la prolongacion de lo hecho serán el triste fruto de su cooperacion insensata. ¿Nada vale en la balanza la sangre de uno solo de nuestros pobres y valientes soldados al lado de la de tantos traidores é incendiarios que no hallan para España más que palabras de odio?

Seamos, por Dios, españoles, y luego que reine la paz en aquella desolada provincia, tiempo tendrán esos diarios de abogar por los que hoy patrocinan con tanto calor.

EL PERIODISMO.

Tenemos la desgracia de comprender la mision del periodista de un modo muy distinto del que muchos la comprenden.

A nuestro modo de ver el escritor que por medio de los papeles que hoy es tan fácil hacer circular, y que están al alcance de todos, se dirige al público para difundir ó para contradecir una doctrina, para afirmar ó para negar un hecho, está obligado á respetar ciertos límites que le señala el decoro propio y el respeto á los que han de leer sus producciones; y no puede ir más allá sin atropellar deberes á que no se puede faltar sin incurrir en la censura general. Parece que en esos límites está grabada una inscripcion semejante á la que hay en la sala de anatomia de la escuela de medicina en París: Las señoras no pueden entrar aquí.

La profesion del periodismo tiene mucho de sacerdocio; si se la convierte en elemento para desahogar pasiones mezquinas, para satisfacer pobres instintos de venganza, para atacar con

la mira del provecho propio la opinión ó el crédito de los que hacen sombra é impiden el logro de interesados planes, ó para lastimar á los contrarios con injustos sarcasmos ó con intencionadas suposiciones, el periodismo pierde esa elevada cualidad y pasa á ser oficio de baja especie, y el escritor se despoja del carácter digno con que se presentó en el estadio de la prensa, y adquiere el dictado de libelista.

Y no es que neguemos al periodista la conveniencia de emplear, siempre que necesario sea, energía y vigor en la expresión. Lejos de ser así creemos que con frecuencia debe ser fuerte, duro si se quiere, cuando combate contra los propagandistas de doctrinas perniciosas, sin que entonces se acuerde de otra cosa que de la defensa de la sociedad amenazada; pero aún en esos momentos imperdonable fuera que atropellara las leyes de la urbanidad y del decoro.

No asumimos, al consignar las anteriores ideas, el papel de misioneros en este terreno; que ni podemos por nuestra escasa importancia constituirnos en maestros de tantas y tan altas inteligencias como figuran aquí en la esfera del periodismo, ni si pudiéramos nos cansaríamos inútilmente en recordar esas reglas de buen sentido á que algunos, de seguro, habrían de contestarnos con frases que serían una prueba más de esas verdades. Si las recordamos hoy es con el único objeto de que se comprenda por qué empleamos tanta templanza al desvanecer ciertas alusiones que se nos han hecho en algun periódico, y por qué las más de las veces hacemos caso omiso de éstas para no distraernos de las preferentes tareas que constituyen nuestro encargo, y que desempeñaremos con el acierto que nos permita nuestra corta inteligencia. De este último particular nos ocuparemos también en este artículo.

Dícese que carecemos de valor para sostener nuestras convicciones. ¿Qué pruebas hay de ello? Ningunas. Al contrario: si de algo puede calificarse, no es por cierto de medrosos en sostener nuestras convicciones, sino de audaces, de tercos, de notablemente osados.

En la época de la primera *intentiona insurgente* de D. Narciso López, en el distrito en que éste había fraguado su primera conspiración, en la ciudad de Trinidad de Cuba, centro de la conjuración: en el mismo lugar después y en los momentos en que Armenteros alzaba la bandera de la rebelión; luego en la Habana cuando se descubría el plan de sublevación de Prieto; recientemente en medio de la excitación de los separatistas que asesinaban á los leales en la Habana, ¿quienes con más serenidad, más desprecio del peligro, más indiferencia por su vida, entre la muchedumbre de traidores allí, se presentó á desenmascarar sus planes, á dar, no el grito de alarma que lanza la pasión, sino el que se apoya en la demostración de la verdad? No fueron por cierto los que, ocultando en lo más recóndito de su alma tales ó cuales opiniones, callaron entonces entre los dos partidos y después han venido aquí á dar alguna salida á sus veladas simpatías.

Aliados estaban en aquellos días los puñales, prontos los revolvers y habituados los ánimos de los enemigos de España á premiar con la muerte á los hombres fieles. Más de una prueba han dado de su aleveo esfuerzo burlándose á mansalva, por el crimen de servir á su nacionalidad; ¿no era excusable que abrigase temores un cubano de que igual suerte podría depararle su decisión por la buena causa? Pues ese temor no halló entrada en nuestra alma.

Y hay una circunstancia que habla muy en nuestro favor y cuyo conocimiento revela no sólo fe, no sólo valor para sostener nuestras convicciones, sino lo que es más, lo que es raro en estos tiempos que atravesamos: desinterés, desinterés el más completo.

Desde 1848 en que principiábamos á escribir, y durante los veintidós años que van transcurridos, circularon escritos nuestros en periódicos y en forma de opúsculos que merecieron la honra de que se buscasen con avidez, y no especuláramos con ellos; ó se repartieron gratis ó se vendieron destinándose su producto á algun fin patriótico.

Esto lo decimos para contestar á los que dicen que no tenemos valor para sostener nuestras convicciones. ¿Se atrevieron los que nos contradicen, por ventura, cuando desde las azoteas, balcones y ventanas de la Habana, se acechaba á los leales y se disparaba sobre ellos, á llamarse allí verdaderamente españoles, á hacer alarde de serlo, á disputar por medio de la prensa, á desenmascarar á los traidores, á descifrar sus enigmáticos y amañados planes de autonomía y reformas ultra-radicales, y á convertirse en blanco de los enemigos de la patria! Pues en hacer eso está el valor de sostener las convicciones que se tienen y eso hicimos nosotros.

Hemos venido á la capital de la nación á continuar siendo lo que fuimos allí, y á la verdad que vamos comprobándolo, sin que pretendamos, ni esperemos, ni aceptemos nunca destinos, honores ó recompensas por esa conducta.

Pero no hemos venido á hacer cargos injustos, ni á convertirnos en eco de acusaciones infundadas contra ningún partido, contra ninguna asociación, contra ninguna administración. A todos tenemos que respetar mientras que en los asuntos de Cuba aspiren á la conservación de esa opulenta provincia unida á su Metrópoli: á todos atacaremos cuando á lo contrario tiendan, y si en esto último quedáramos vencidos, habremos cumplido bien nuestros deberes.

En tanto que no sean adversarios nuestros en esas cuestiones, ¿con qué derecho, por qué razón habríamos de llegar á herirlos ó á ofenderlos?

El verdadero valor para sostener nuestras convicciones está en esa marcha prudente, que muchos lamentan vernos seguir sin vacilar, superando obstáculos, excusando ó remediando los inconvenientes que se nos presentan y parando muy poco la atención en los infantiles ardidés de aquellos que quisieran podernos crear dificultades ó atraernos á discusiones que nos alejan de la senda por que nos ven adelantar paso á paso, trabajando sin desalentarnos, desenmascarando intenciones y desvaneciendo los engaños con que quiere sorprenderse la hidalguía del pueblo español, excitando su indignación en nuestro daño con supuestas descripciones de lo que pasa en Cuba.

Otra vez tenemos que decirlo: nosotros no pertenecemos á ninguno de los partidos, á ninguna de las asociaciones políticas ó sociales que aquí existen; pertenecemos á una bandera en que forman hombres de los primeros y de las segundas: á la bandera nacional.

¡Oh, si pudieran conseguir nuestros poco diestros contrarios que nosotros olvidando nuestras obligaciones, nos alistásemos en una de esas fracciones! ¡Oh, si incurriésemos en la torpeza de convertirnos en enemigos de alguna! ¡Cuán grande sería el alborozo de nuestros émulos! ¡Cómo batirían palmas celebrando su astucia y nuestra candidez!

Recordamos en estos momentos una frase de un escritor inglés, cuya aplicación es oportuna:

"An enemy in politics, whose plans are discovered, is beaten."

Un enemigo en política, cuyos planes se descubren, está batido.

Vamos á terminar este artículo, que, aunque parece personal, tiene por objeto fijar más el carácter y propósito de nuestro periódico.

LA INTEGRIDAD NACIONAL no es adversario de determinadas personas ó agrupaciones. En sus columnas no aparecerán acusaciones contra ellas, sino cuando lo exija la defensa de los intereses españoles en Cuba por estas lastimados: esa es la determinación del que dirige esta publicación; conocida por todos, todos nos harán justicia de convenir en que procedemos con cordura. Nuestra misión no es crear enemigos á la causa hispano-americana, sino buscarle en todos los partidos, en todas las asociaciones, auxiliares y protectores. Si para lograrlos fueran necesarios nuestros ruegos, esos ruegos les dirigiremos siempre con la sinceridad del alma.

En eso está el valor de sostener nuestras convicciones, en sacrificar á ellas pueriles vanidades, ridículos arranques de amor propio, nuestra personalidad, y el deseo excusable que alguna vez tenemos de rechazar victoriosamente, como podemos hacerlo, los pueriles ataques de algunos desechados que se desesperan por la aparición de un periódico aquí, dirigido por un natural de Cuba, que tiene por objeto desvanecer errores y decir con franqueza la verdad.

Se han recibido últimamente por la vía de Nueva-York los siguientes despachos de la Habana:

Habana 29 de Marzo.

El capitán general publicó á su llegada á Puerto-Príncipe una proclama dirigida á los insurrectos, en la cual dice:

«Sé que habéis sido llevados á las filas rebeldes por la fuerza y el engaño. ¿Quiénes son vuestros jefes? ¿Dónde está la libertad que os prometieron? Se os dijo que España no tenía tropas que mandar á Cuba, y que estaban sedientos de sangre esos soldados que ahora dividen sus raciones diarias con las mujeres y los niños que habéis dejado atrás. Tales falsedades no podían producir más que un efecto pasajero. El departamento Oriental y el de las Cinco-Villas se están pacificando; mientras el terror os priva de vuestro reposo, el Occidental goza de seguridad y tranquilidad; y la prosperidad pública, el crédito y la verdadera libertad van en aumento.

Las tropas que ya no se necesitan en aquellos distritos, vendrán á las montañas del departamento Central y principiará una guerra de la que hasta el presente no habéis tenido idea. A nadie pido ayuda, porque de nadie la necesito. La clemencia de mis predecesores fué interpretada como debilidad, y yo no me siento inclinado á imitarlos. Pero al mismo tiempo, aunque hoy sois rebeldes, no busco vuestras vidas; os aconsejo que os sometáis á tiempo para salvaros, porque tan pronto como principien las operaciones en el departamento Oriental, se proseguirán con toda energía, terminen como quieran. Todos aquellos que rindan las armas á cualquier autoridad legítima, serán recibidos y sus vidas quedan garantidas, exceptuando de este beneficio á los jefes principales y miembros del llamado gobierno.»

Uno de los primeros actos del capitán general fué perdonar á un hombre sentenciado á muerte.

Habana 30.

Vuelve á correr la noticia de que Jordan ha hecho dimisión del mando en jefe de los insurrectos. Se asegura que ha salido de la isla y que está en la farola de Cayo Lobo.

Habana 31.

Los rebeldes continúan presentándose en el departamento Central.

Se dice que ha habido escaramuzas cerca de Nuevitas.

Arango publicó un manifiesto dirigido al pueblo, diciendo que hoy la insurrección no tiene razón de ser, y aconseja á sus paisanos que rindan las armas.

Puello ha sido relevado del mando y no se sabe aún quién le sucederá.

El *Cronista* de Nueva-York publica una carta de la Habana, fechada el 19, de la cual tomamos las siguientes noticias:

«Al amanecer del 14 entró en la Habana el *Pájaro del Océano* con noticias de Cuba, Puerto-Príncipe, Gibara, etc. Según las de este último punto, las tropas del Excmo. señor general conde de Valmaseda marchaban ya hácia el Camagüey, y se creía que sobre el 16 habrían ocupado la línea de Manatí á Victoria de las Tunas, y de esta ciudad á la costa del Sur. El 1.º el general sorprendió y batió una gruesa partida de Mambises, á la cual causó 200 bajas. Se estaba organizando en Holguín una fuerza por el estilo de la guardia civil destinada á exterminar los bandidos que habían quedado dispersos.

El coronel Weyler, con cazadores de Valmaseda y otras tropas, destruyó por completo la partida del titulado general Máximo Gomez; pero de una manera tal, que este cabecilla se vió obligado á esconderse con solo 40 hombres, pues los restantes hasta 500 ó 600 de que su partida se componía, ó fueron muertos, ó hechos prisioneros, ó se presentaron.

La misma columna, dirigiéndose á las Tunas, batió al cabecilla Julio Peralta, tomándole de frente quince trincheras que este no se atrevió á defender y causándole numerosas bajas. Las tropas de Valmaseda, pues, en su inflexible movimiento de avance, nada dejan atrás que se parezca á enemigos.

De Puerto-Príncipe sólo puedo decir á sus lectores que el general Puello había llegado á Nuevitas el 12 con su columna, y seguía para Puerto-Príncipe.

El brigadier Sr. Goyeneche había fortificado y ocupado á Guáimaro, Cascorro, Sibanicú y el ingenio Oriente, en cuyos puntos se verificaban numerosas presentaciones, que prueban hasta la evidencia el grado de demoralización y desprestigio á que han llegado los insurrectos de Céspedes. Últimamente se habían presentado 600 personas en Sibanicú, 200 en Cascorro, y otras 200 en el ingenio de Oriente. En San Miguel lo había efectuado también un buen número de familias.

Hoy puede casi asegurarse que la ocupación militar del Camagüey, de ese territorio extenso en que tantas esperanzas habían cifrado nuestros viles enemigos, es un hecho: á la llegada de la columna Valmaseda se completará, y pronto quedará aquello enteramente libre de la plaga de langostas á que se ha dado en llamar Mambises.

Otra noticia sobre el Camagüey: casi todos los rebeldes de allí han abandonado el campo, huyendo el bulto á las columnas que mandan los señores generales conde de Valmaseda y Puello, y brigadier Goyeneche, y se han corrido á la parte occidental. Dícese que Jordan se hallaba en Magarabomba.

Dicen de Nuevitas que se ha encontrado muerto el cabecilla Goycuria, y se cree que haya fallecido á causa de las privaciones.

En Cinco Villas los pocos incendiarios que por allí quedaban á las órdenes de Salomé Hernández y del Cándido Ramos y el Polaco, parece que han recibido un refuerzo de 150 hombres del Camagüey, mandados por un tal Torres: así y todo, no excederán de 600 los ladrones que por allí merodean, ó mejor dicho, corren.

El comandante Perez Vega los batió últimamente, dispersándolos y causándoles más de 100 bajas en distintos encuentros; en uno solo, en Aguada de Carrillo en Jaguajay, les hizo 27 muertos, vistos y muchos heridos, tomándoles además 35 caballos, 4 fusiles, 20 bayonetas y gran número de municiones. Por lo demás, siguen allí las presentaciones en gran auge, y los asuntos mejoran notablemente tanto en Cinco Villas como en Sancti-Spiritus y Trinidad.

El capitán general de la isla de Cuba participa que el faro de segundo orden de Punta Lucrecia se encenderá desde el 10 de Mayo.

Por grandes que sean los esfuerzos de los que quieren arrastrarnos á la nauseabunda guerra de dimes y diretes, que constituye el empleo principal de algunos escritores en la prensa periódica, ó por más que se afanen por precisarnos á dar explicaciones para sincerarnos de lo que suponen faltas ó errores nuestros, inventando lo que á su objeto les parece oportuno, no conseguirán su deseo, ni nos separarán de nuestra firme resolución, que es desenmascarar al filibusterismo y desvanecer las falsedades de los partidarios de los insurrectos de Cuba. —Nos son absolutamente indiferentes la gritería y el clamoreo de cuantos se desesperan por la existencia de la INTEGRIDAD NACIONAL, cuyo título solo, les causa como vamos comprendiendo, disgusto, crispaturas y desesperación.

La Redacción de la INTEGRIDAD NACIONAL, desde la publicación del primer número de este periódico hasta hoy, ha procedido en cuanto ha publicado con la más completa independencia, sin que en sus escritos ó determinaciones respecto de los asuntos que ha tratado, haya recibido directa ni indirectamente inspiraciones de nadie, ni sufrido presión de persona alguna.

Hacemos esta advertencia para desvanecer una invención que se nos ha dicho viene queriéndose hacer circular, y que es hija de la puerilidad ó del despecho de nuestros adversarios.

Con fecha 12 de este mes nos escriben de Barcelona:

«Para que pueda V. corroborar que en esta ciudad trabajan los filibusteros contra España, le remito la alocución del capitán general el día 9 después de vencida la insurrección. —Se están haciendo prisiones de cubanos agentes del filibusterismo.»

Sin embargo de no ser ya aquí una novedad, reproducimos por ser muy conveniente, la alocución referida:

«SOLDADOS: El verano próximo pasado venciésteis instantáneamente, primero la revolución carlista, y luego la republicana. Vuestro valor y disciplina quedaron á la altura que siempre ocupa el ejército español.

«Coaligados ahora hipócritamente, y sublevados los mismos y otros elementos, enemigos de la libertad, de la sociedad y de la integridad nacional, bajo la escusa del sorteo de la quinta, y fiados en vuestro poco número y á pesar de haber empleado contra vosotros hasta el asesinato, los dominasteis desde el primer momento, y en unión de vuestros bravos compañeros, procedentes de Valencia y Aragón, los habéis arrollado, batido y aniquilado en pocas horas.

Vuestro sufrimiento en las fatigas, vuestra heroicidad en el combate ha sido hoy mismo puesto en conocimiento del gobierno de S. A. el regente del reino.

Vuestro capitán general se felicita de su título. *Gaminde.*

Barcelona 9 de abril de 1870.

DOCUMENTO PARLAMENTARIO

Discurso pronunciado por el Sr. Cánovas del Castillo en la sesión del 1.º de Abril de 1870.

El Sr. CÁNOVAS DEL CASTILLO: Señores Diputados, inútil sería que comenzase por recordar las frecuentes alusiones de que he sido objeto durante el debate que se reanuda en este momento. Hechas estas alusiones con extremada cortesía, benévolas aun mucha parte de ellas, yo no me levantara aquí esta noche si no tuviera otro fin que el mero objeto de satisfacerlas. Pero estas alusiones, señores, han despertado en mí el sentimiento del deber, que siempre me acompaña, y dados mis antecedentes en estas cuestiones de Ultramar, no puedo permanecer mudo cuando de ellas se trata.

Nadie ignora, y á todos se ha recordado ya muchas veces durante este debate, que yo fui el Ministro que tuvo la honra de acordar que se abriese una amplia información sobre las reformas políticas, sobre el estado económico y sobre las reformas económicas también de las Antillas; y no habrán olvidado al mismo tiempo los señores Diputados, que después de haber iniciado de esta manera las cuestiones de Ultramar, que después de haber llamado á los habitantes de aquellas Antillas en nombre de la Nación española para preparar el cumplimiento de la solemne oferta pendiente desde 1837, no ha muchos días he tenido la honra de depositar en la mesa de estas Cortes una exposición de 11.000 españoles de la isla de Cuba, seguida luego de otra de 2.000, reclamando que se aplase todo género de reformas políticas, no ya solamente en la isla de Cuba, sino también en la de Puerto-Rico, que es de donde ahora se trata.

Bien pudiera parecer, Sres. Diputados, á primera vista, que hay cierto género de contradicción entre levantar franca y lealmente la bandera de las reformas políticas en Ultramar, y venir aquí luego con igual franqueza y con igual lealtad á oponerme, como me he opuesto, por medio de la presentación de estas exposiciones, por breves palabras con que las apoyé después, á que de las reformas políticas se deliberase por ahora.

En el doble concepto, pues, de hombre de gobierno, iniciador de cuestiones pendientes, y de diputado que ha llevado á cabo en estas Cortes mismas un acto importante, que ha sido objeto ya de discusión, y que no puede dejarse aparte ni permanecer en el olvido mientras dure este debate; en este doble concepto, digo, me creo no solamente en el derecho, sino en el deber ineludible de dirigiros la palabra.

Bien sabeis, Sres. Diputados, que yo no he propendido á abusar de este derecho hasta ahora; bien sabeis que he escusado las ocasiones de alzar aquí mi voz, y si hoy lo hago, no es por otra cosa, como ya he dicho, que por cumplir mi deber. Pero con eso y todo yo reconozco que, al cumplirlo, mi posición en el debate de esta noche depende, en mucha parte, de la benevolencia del Sr. Presidente y del asentimiento que á esa benevolencia presten los Sres. Diputados.

He dicho ya, señores, y debo comenzar por aquí mi discurso, que yo fui quien inició las reformas de Ultramar, que las inició como podían iniciarse en aquella hora. Desde 1837, á pesar de la solemne promesa consignada en la Constitución del Estado, ningún Gobierno, ni progresista ni moderado, ni más ni menos avanzado en política, había creído llegado el caso de que aquella promesa llegase á cumplirse; y cuando en 1865 un gran movimiento de opinión en las Antillas, opinión sostenida y apoyada por algunas de las dignísimas autoridades que habían estado al frente de aquellas provincias, me hizo pensar que era llegado el caso de intentar el cumplimiento de tal promesa, encontréme sin ningún género de preparación para ello, me encontré sin ningún género de datos, sin ningún género de estudios especiales; me encontré, en fin, en el caso de tener que empezar el cumplimiento de la promesa, y la realización de las reformas políticas, por la información de que se trata.

Abrióse, pues la información: procuré por mi parte que para que las noticias que se reunieran tuvieran el sello de verdad y sinceridad que se necesitaba, estuvieran representados en ella todos los intereses y todas las inteligencias que era posible que en ella tuvieran repre-

La Integridad Nacional.

sentación. La experiencia adquirida en el largo gobierno de aquellos países, la experiencia adquirida por una larga residencia en aquellos países también, el voto de las principales municipalidades, tanto de la isla de Cuba como de la de Puerto-Rico, fueron igualmente atendidos para que nada faltara a la realización del deseo del Gobierno de aquella época, que era conocer bien las cuestiones políticas y económicas de las Antillas antes de poner en ellas una mano, que mal dirigida hubiese podido pecar de temeraria.

¿Cuál fué, Sres. Diputados, el resultado de esta información? ¿Qué revelan las páginas de aquellos informes, que están impresos, que están a disposición de todos los Sres. Diputados, y de los cuales he visto que no se ha tenido en cuenta como acaso se debía en el presente debate?

En aquella información palpita desde luego a los ojos de toda persona imparcial y desapasionada, que había en el partido reformista de las Antillas dos elementos distintos, ambos muy peligrosos, aunque peligrosos por causas muy diferentes.

No puede dudarse, Sres. Diputados, no puede dudarse desde el primer momento, menos que nunca puede dudarse ahora, sería una grandísima injusticia dudarlo, y mucho más negarlo, que entre las personas elegidas por las Antillas, tanto por la isla de Cuba, como por la de Puerto-Rico, para venir a manifestar a la Metrópoli las necesidades políticas que sentían, hubo muchas dignísimas, que sentían latir dentro de su corazón el amor de la Patria, y que si se equivocaban, si se extraviaban, si padecían ilusiones, esas ilusiones, por más que fueran ciertamente peligrosas para el orden público y para los intereses de la Patria, eran, sin embargo, dispensables como nacidas de mentes leales, de corazones sanos.

Yo no culpo, pues, a todos los reformistas que acudieron a la información abierta por mí en 1865; yo no quiero negar ahora todavía, no niego de manera alguna, a los que puedan simpatizar con aquellos reformistas y con el sistema de gobierno que propusieron para las Antillas, lo que ya he dicho; es a saber: que fueron buenos y leales españoles. Yo estoy dispuesto a reconocer en favor de ellos todo lo que se quiera, excepto una cosa: el derecho de perder por sus ilusiones, el derecho de perder por sus errores, el derecho de comprometer por el vuelo temerario de su fantasía los intereses de la Nación española.

Había un segundo elemento entre aquellos reformistas, un elemento dominador, que explotaba las ilusiones del otro, que explotaba las impacencias de reformas y las impacencias de traer a la práctica las ideas liberales del otro. Este grupo fué el que al cabo logró poner el sello a aquella información; este grupo, del que parece dependió la información, toda entera; este grupo, digo, principalmente representado por el Sr. Morales Lemus (y basta decir su nombre), no pensó en aquella información, como no había pensado antes, después ni nunca, más que en arrancar las Antillas a la Corona de España.

No puedo seguir hablando, Sres. Diputados; no puedo seguir adelante sin hacer una declaración, que será para algunos un recuerdo, y es que al abrirse la información en 1865 por parte del Ministro que tuvo la honra de abrirla, y al llevarse adelante aquella información, ni en los interrogatorios que tocó formar a una administración distinta, y de la cual él no formaba parte, ni en las respuestas que a los tales interrogatorios formados por el Gobierno español dieron los comisionados de las Antillas, apareció jamás la menor idea, la indicación más pequeña de que se entendiera que eran cosas distintas las reformas de Cuba de las de Puerto-Rico. Abrióse esta información para Puerto-Rico y para Cuba; no hubo una sola respuesta, sobre todo en materias políticas, que no se diese para Puerto-Rico y para Cuba.

Esta idea que principalmente estamos discutiendo aquí ahora, esta pretensión que especialmente es objeto del actual debate, permitidme, Sres. Diputados, permitidme que la rechace por mi parte, como iniciador de la reforma política; permitidme que la rechace también en nombre de los inteligentes individuos que se reunieron para aquella información. No se le ocurrió ni a uno solo de ellos ni hay el menor indicio, ni la menor señal, de que nadie se atreviera a proponer, ni a indicar siquiera entonces, que fueren cosas distintas, que debían resolverse de manera diversa y en tiempo separado, las cuestiones de Puerto-Rico y de Cuba. Se propusieron, pues, reformas iguales en materias políticas para entrambas Antillas. Y ¿qué reformas eran estas, Sres. Diputados? Lo primero que los comisionados p dieron fué que se reconocieran los derechos inherentes a la personalidad humana a los habitantes de aquellas islas.

Yo creo y espero, Sres. Diputados, considerádoslos como os considero llenos todos del mismo patriotismo que yo experimento en este instante; yo creo y espero que sabréis, para dar a este punto su verdadera importancia, prescindir por completo de vuestra situación actual, de vuestras afecciones políticas, del texto y del sentido de la Constitución de 1869. En esta creencia quiero haceros notar una cosa: ¡era serio, estando el país bajo el régimen de la Constitución del año 45 y habiendo un Gobierno moderado, pero Gobierno español al cabo, como era el que realizó la información; era serio, digo, pedir y exigir ya entonces nada menos que el programa que ha servido de bandera a la revolución de Septiembre, y pretender que se concediese a las Antillas una Constitución fundada en los mismos principios radicales de la que es actualmente ley fundamental de Estado?

Decidme, señores, con imparcialidad, decidme si había buena fe, si había lealtad en venir a exigir que la doctrina democrática en toda su pureza, que los principios democráticos hasta en su exageración mayor, comenzaran a ensayarse en la Monarquía española, no por la Península, que al fin y al cabo llevaba sesenta años de ensayos más o menos felices de libertad, sino por las Antillas, con su esclavitud, con su diferencia de razas, con su distinción de habitantes peninsulares y cubanos, con todas las inmensas y difíciles cuestiones que están allí llamando vuestra atención todavía, que llamarán la atención del mundo entero por largo tiempo.

¿Y qué instituciones se pedía en esta información? Pues sin perjuicio de que la mayoría de los comisionados quería que viniesen diputados a las Cortes de España, y querían bien, se pretendía crear en cada una de las islas

dos Cámaras, dos verdaderas Cámaras (Senado y Congreso), las cuales hubieran de ejercer el derecho absoluto, sin veto de ninguna clase, de conceder ó negar los presupuestos en las Antillas. Es decir, Sres. Diputados, el derecho a la independencia, porque el derecho absoluto del presupuesto es el derecho total del Gobierno y de la política; el derecho de conceder ó negar libremente los recursos es el derecho a la independencia, es la independencia misma realizada.

Mas, aparte de este derecho ¿qué medios creéis que se dejaban al Gobierno español de influir y de mantener imperecederos los lazos de aquellas provincias con la Monarquía española? Pues excepto el gobernador superior civil, todos los demás gobernadores de distrito ó provincia y los empleados habían de ser propuestos por las corporaciones populares, que habían de administrar, por lo demás, los intereses locales con una independencia completa. Si se trataba en ciertas circunstancias de crear el estado excepcional (ese estado excepcional en todas partes indispensable tantas veces, como el Sr. Ministro de la Gobernación ha demostrado elocuentemente en estos días, y mucho más necesario naturalmente a esa distancia de Metrópoli y en países que comienzan a habitar de comenzar el ejercicio de los derechos políticos); si se trataba, digo, de suspender las garantías, era preciso que la autoridad superior contara antes para ello, á no ser en circunstancias muy extremas y apremiantes, y aun en esas provocando un conflicto, con el voto de los Senados y de los Congresos antillanos. No quedaba en suma, Sres. Diputados, a vuestro Gobierno, moderado, unionista ó progresista, pero al cabo vuestro Gobierno, Diputados españoles, no le quedaba por aquella proyectada Constitución más que el derecho de tener en las Antillas ejércitos y escuadras, y el derecho de nombrar un general para cada ejército y para cada escuadra; y todavía con el límite del presupuesto.

Cuando creí yo llegado el caso de abrir la información de que estoy tratando, fué, Sres. Diputados, mi primer deseo, averiguar lo que había de concreto, averiguar lo que había de realizable en las aspiraciones y pretensiones del partido reformista de las Antillas. Porque a mí nada me asusta tanto como lo indefinido, como lo que no es concreto en las situaciones políticas. Yo no temo a las muchedumbres; no temo a las reformas políticas; ni temo siquiera a los grandes cataclismos de la historia cuando se tienen prontas soluciones concretas, cuando se tienen prontas soluciones prácticas. Pero temo en cambio cualquier movimiento político, por inofensivo que parezca, cuando ese movimiento no tiene ninguna fórmula práctica ni concreta; cuando lo impulsan ilusiones, sombras, ideas indefinidas, que así pueden producir casualmente grandes satisfacciones para el porvenir, como terribles y sangrientas decepciones, de esas que hacen retroceder por muchos años a los pueblos en su historia.

Creí, pues, con toda conciencia, que para cumplir la promesa de 1837 convenía, ante todo, no solo adquirir el conocimiento general de los problemas y de las cuestiones de América, tanto en materia política, como en materia económica, sino que los mismos habitantes de las Antillas, por medio de una representación suficiente, determinaran de un modo concreto y práctico cuáles eran sus aspiraciones.

Pues bien, lo que resulta de la información parlamentaria abierta en 1865 y realizada en 1867 es, que consciente ó inconscientemente (conscientemente en una parte, inconscientemente, á mi juicio, en otra), lo que allí se quería no era más que romper los lazos que unían a las Antillas con España y destruir la integridad de la patria. No se quería ni se podía querer otra cosa, según de las disposiciones de que me he hecho cargo. Parece a mí que aun cuando me haya extendido bastante, y aun cuando haya abusado en esto un poco de la indulgencia del señor presidente y de la indulgencia de la Cámara, no me excedo mucho de mi derecho en este momento de discutir alusiones personales al exponer cuál es el juicio que el autor de la información de 1865, leal y francamente, ha formado sobre sus resultados. Yo debía este juicio a mi país, yo debía esta declaración a las Cortes, yo me debía esta satisfacción a mí mismo. No me he arrepentido, no obstante, ni me arrepentiré jamás por esto de aquel acto.

Ya he dicho que más que nada era preciso que las aspiraciones se concretaran, que los intentos se conocieran. Si la información no nos daba soluciones prácticas, como no nos las dió, nos ofreció avisos, avisos saludables, avisos que se han debido después tener en cuenta, avisos que yo deseo, que yo os propongo (sin gran esperanza de éxito) que tengáis también en cuenta vosotros mismos, Sres. Diputados de las Cortes Constituyentes. Pero estos avisos que racionalmente tenía que recibir cualquier persona experimentada al examinar las respuestas que dieron al interrogatorio del Gobierno español los comisionados de Cuba y Puerto-Rico, y juicio que he hecho de la información misma, por severo que sea, ¡han sido desmentidos, por ventura, por los hechos?

Aquí, señores, se ha pretendido dar muy poca importancia a la insurrección acaecida en Lares, en la isla de Puerto-Rico. Háse pretendido que aquella insurrección, ni por su tendencia, ni por su fuerza, ni por cosa alguna, tenía nada de común con la triste insurrección de Yara, que está todavía ensangrentando los campos de la isla de Cuba. Para deshacer este error, para que los Sres. Diputados lo comprendieran por sí mismos, pedi yo, pedí, por mejor decir, un amigo mío en voz alta; pedi yo en voz baja, desde este banco, que se pusiera sobre la mesa el expediente sobre aquellos acontecimientos. Yo no sé si ese expediente está sobre la mesa; esté ó no esté, puesto que el expediente existe, él me desmentirá si no es cierto lo que yo voy a afirmar en estos instantes. (El Sr. Becerra pide la palabra.) Porque yo no he de admitir que los hechos que voy a afirmar aquí sean desmentidos por nada ni por nadie más que por los documentos mismos. Si se me enseña alguna comunicación del capitán general de Puerto-Rico en que se califiquen y se definan los acontecimientos de Lares de la manera que aquí se han calificado, ante la autoridad del capitán general de Puerto-Rico, bajaré humildemente la cabeza. Pero ninguna otra denegación, absolutamente ninguna, que no sea esta, puedo yo admitir, y ruego a los Sres. Diputados que se sirvan no admitirla tampoco. Esta es una cuestión demasiado seria para que nadie sea creído por los Sres. Diputados en aquello en que pueda errar lealmente, en aquello en

que pueda carecer de buenos informes ó en aquello en que pueda padecer olvidos. Lo que yo por mi parte afirmo en tanto, es que la insurrección de Lares tuvo un principio no menos terrible, no menos amenazador, no menos peligroso que el movimiento que está asolando todavía en estos instantes la isla de Cuba.

Lejos de ser un centenar de insurrectos los de Lares, llegaron a 1.000 en poco mas de un día; y allí, en Lares, se constituyó un gobierno republicano, y al mismo tiempo que un gobierno republicano en forma, con su presidente y todo, como era regular, un Ministerio completo, con Ministro de la Guerra, Ministro de Gracia y Justicia, Ministro de la Gobernación y no sé si Ministro de Fomento. Y en todos los documentos emanados de aquel Gobierno republicano, que tan rápidamente pasó, por cobardía de los jefes que dirigieron el movimiento, y algo también por obra de la fortuna, que entra por mucho en tales casos; en todos aquellos documentos, digo, no había más que un solo lema, un solo programa, una sola aspiración, que era la ruina de la integridad de la patria española, con el grito de «¡Mueran los peninsulares!» con ese grito de «¡Viva la república!» se hizo el movimiento en Lares.

Que fracasó, Sres. Diputados, y que fracasó pronto; que rechazado por casualidad en el primer choque que los insurrectos tuvieron en el pueblo llamado el Pepino, comenzó luego la dispersión y la desconfianza; que aquel gran movimiento se deshizo de esta suerte, y no logró arraigarse en aquel suelo, como desgraciadamente se arraigó después el de Yara en la isla de Cuba; ¿y qué quiero deducirse de todo esto, Sres. Diputados? Pues que, ¡tan novicios somos, los que aquí estamos, en la historia de las conspiraciones y de las revoluciones que no sabemos que las más hondas, que las mejor combinadas, aquellas que cuentan á veces con mayores recursos, á las veces se deshacen en un momento como el humo para aparecer más tarde en circunstancias más favorables y llegar al cabo con éxito á donde no han logrado llegar en los primeros ensayos? Pues qué, ¿necesitaría yo traer á vuestra memoria tantos movimientos hechos por partidos poderosos en nuestro país, por partidos que después y ahora mismo se creen omnipotentes y que han tenido también fracasos de igual naturaleza, sin que esto significara que iban á ceder en su empeño ni su impotencia total, ni mucho menos que tales partidos dejaran de existir, como aquí nada menos se pretende respecto al partido separatista de Puerto-Rico?

Es inútil negarlo, y yo me atrevo á llamar toda la atención del Congreso sobre este punto importantísimo, verdadero fundamento del debate que estamos ahora sosteniendo. Hay, por desgracia nuestra y por desgracia de las Antillas, un gran partido separatista en Cuba, un gran partido separatista en Puerto-Rico. Funes-to es, funesto será para aquellas provincias y para la madre Patria; pero lo primero que hay que hacer en esto por hombres políticos españoles que traten con seriedad las cosas políticas, es reconocer tal hecho, para partir de él en todas las alteraciones del Gobierno, en todas las determinaciones del poder legislativo.

Nada importa para nuestra conducta el reconocer que hay un gran partido separatista en Cuba y en Puerto-Rico. ¿Y qué? Porque tales partidos separatistas existan, ¿será de nuestra parte menos lícita la guerra? ¿Será menos lícita la defensa? ¡Tendremos nosotros menos derecho para mantener allí el orden á toda costa y para hacer cuantos esfuerzos estén á nuestro alcance á fin de mantener la integridad española?

Aun bajo el punto de vista más exagerado, aun bajo un punto de vista que yo no acepto ni puedo aceptar, la existencia del partido separatista no nos quita el derecho de acudir, por todos los medios que ofrece la guerra, á la defensa de la integridad nacional. Porque hay, lo mismo en Cuba que en Puerto-Rico, al lado de los partidos separatistas, todavía más grandes partidos nacionales, todavía más grandes partidos españoles, en cuya bandera flota glorioso el nombre, al mismo tiempo que el interés de la patria. La Nación española el Gobierno español, las Cortes españolas, son los jefes naturales, forzados, inevitables, de aquellos grandes partidos nacionales. Aparte, pues, del interés nacional, del derecho nacional, nosotros tenemos, no ya el derecho, sino la obligación de defender, y defendémoslo, en Cuba como en Puerto-Rico, á aquel gran partido español que allí hay, contrario al triste y miserable partido separatista, aunque no deje de ser poderoso, no sólo porque aquel representa nuestros intereses y nuestra bandera, sino porque es también el que representa la mayor suma de inteligencia y de riqueza, el que tiene más fuerzas y más poder, el que tiene y lleva consigo todos los elementos del derecho y todos los caracteres de la justicia.

Y lo que digo de la isla de Cuba, eso mismo digo de Puerto-Rico. Reconociendo como reconozco la existencia allí también de un partido separatista, yo sé (lo han declarado aquí muchos Sres. Diputados, y todos lo declararán de consuno), que hay allí a la par un grandísimo y noble partido que quiere seguir conservando su nacionalidad española, que no reniega de su sangre, de sus antepasados, ni de su historia, el cual sería imposible que abandonásemos ó entregáramos indefensos, á la turbulenta minoría separatista que está llenando a la isla hermana de ruinas, y pretende asolar también aquella, haciéndola víctima de sus perniciosos delirios. ¡Qué! ¿Hay alguno de vosotros que ignore que el partido español de Cuba, compuesto, no principalmente de peninsulares, sino tanto de insulares como de peninsulares; que ese partido español, lo mismo americano que europeo, pero español siempre de corazón, se bastaría, y se basta por sí solo, para que jamás logre el partido separatista arrancar aquel precioso giron del manto real de la nación española? ¿Por qué hemos enviado allí ejércitos y bajados sino para evitar desgracias, salvar intereses y acabar más pronto una guerra fratricida? Este era el deber de todo Gobierno, y se ha cumplido; pero ¿quién que conozca la isla de Cuba puede dudar de que el partido español es de todas maneras más fuerte que el separatista? No hay, pues, medio (ni aun en las opiniones más exageradas en esta materia) de que abandonemos la lucha en Cuba, como tampoco lo hay de que dejemos de emplear en Puerto-Rico cuantos medios de previsión y de fuerzase necesitan para apoyar al partido español, y deemos la integridad nacional. Nadie osará decir que debemos sacrificar las mayorías leales á las minorías facciosas.

Pero es preciso que sepáis (y debo decirlo, porque eso inspiró mi conducta al abrir la información de que he tratado, y me ha dirigido también aquí al hacerme campeón de los 13.000 españoles que piden que se lleven á cabo las reformas en Puerto-Rico), es preciso que sepáis, digo, que yo parto en todo esto de un principio muy distinto del que tímidamente se ha lanzado aquí por algún Sr. Diputado republicano en materia de colonias ó provincias ultramarinas, y aún distinto también del más prudente y racional, pero, á mi juicio, poco menos peligroso, que he oído formular ya una vez en el banco del Gobierno. Yo no creo, Sres. Diputados, de que los países ultramarinos estén fatalmente destinados á rechazarse de sí las nacionalidades europeas. Soy, por el contrario, de los que creen que las naciones no están limitadas ni formadas por la geografía solamente; soy de los que piensan que las naciones, lentamente elaboradas por el tiempo, son grandes individualidades, con misión especial en la historia; son grandes instrumentos providenciales que existen donde quiera que tienen vida, ser y espíritu para existir.

Siempre que una nación viva con todo su ser, con fuerza bastante, con espíritu bastante, fuera de su frontera, la nación existe allí, fuera de su frontera, y en más próximos ó remotos países, ni más ni menos que en sus primitivos límites geográficos. Comprendese bien que la nación española, desparramada por todo el continente americano; que la nación inglesa, desparramada por una inmensa superficie en el Norte de América, no llevarán allí más que un aliento tibio de su ser; no llevarán allí mas que gérmenes sobrado débiles para poder prestar á tales países todo el desarrollo físico, todo el progreso moral, todos los elementos intelectuales y positivos, en fin, de que eran ellos susceptibles.

Y desde el momento en que una nación se encuentra desproporcionada con su misión, y sin poder cumplir sus fines providenciales en un territorio determinado, por su extensión, por su población, ó por otras circunstancias, entonces, naturalmente, suena la hora de la reparación; entonces viene, sí, naturalmente, el rompimiento de los lazos que unen las posesiones lejanas con la madre patria y esos lazos los rompe la guerra; la guerra, que no es ciega como generalmente se piensa; la guerra, que representa en sí misma la insuficiencia de recursos morales y de ideas, tanto como la insuficiencia de fuerzas físicas de la causa que es en ella vencida, frente á frente de la vencedora. ¡Sí! La guerra, que no es ciega, demostró en 1810 y en 1820 que la nación española era incapaz (porque carecía de fuerzas morales y físicas suficientes) para retener, hacer progresar y vivir en todo el gran continente de América; esa misma guerra hizo patente á los ojos de Inglaterra y á los ojos de la historia, que los Estados Unidos, con su inmenso territorio, tenían ya un derecho superior al de su Metrópoli para encargarse de cumplir en él las leyes del progreso humano, tanto moral como físico.

¡Pero las islas de Cuba y Puerto-Rico! ¿Es cierto acaso, Sres. Diputados (respondedme los que dignamente representáis á Cataluña, á Asturias, á Santander, y principalmente á todas las provincias marítimas), es verdad por ventura que os falte aliento, poder, inteligencia, cuanto se necesita para seguir fertilizando, como habeis fertilizado, aquellos campos; para realizar, como habeis realizado, y tantos, todos los progresos que sea posible realizar en las Antillas? ¿No es verdad que todo cuanto hay en aquellas islas de riqueza, inteligencia, progreso y prosperidad, todo eso, no solamente ha tenido un germen, no solamente ha tenido su nacimiento en la Península, sino que vive y se conserva y se alienta y se sustenta por las fuerzas vivas de la Península todavía? Pues mientras España está en esta situación, respecto á las Antillas, y lo estará probablemente para siempre; mientras España cumpla esta misión, digo, respecto de las Antillas, España tiene un derecho inconcuso á mantener también allí su nacionalidad, á conservar allí su bandera, á llevar allí sus leyes, á regir aquellos países como las mismas regiones peninsulares, como las mismas provincias de la Península.

Conste, pues, que cuando yo abrí la información de 1865, lo mismo que al presentar la exposición del partido español, que puse pocos días há sobre esa mesa, firmada igualmente por peninsulares que por insulares, he partido siempre del principio de que la nacionalidad española tenía un derecho perfecto á conservar ahora las Antillas, no con derecho transitorio, pasajero, sino con derecho eterno.

¿Cómo podría yo, Sres. Diputados, con estos principios, con estos antecedentes, con el resultado de la información de una parte, y de otra los acontecimientos de Lares, según han sido realmente, y los de Yara, que son ya bien conocidos; cómo podría, digo, con todo esto dejar de encontrar peligrosa la idea de trasladar desde luego, y durante aún la guerra en la isla de Cuba, la Constitución española de 1869 á la isla de Puerto-Rico?

Sea, Sres. Diputados, la que sea la fé de nuestras opiniones, aun aceptando todo el respeto, toda la veneración, toda la superstición, si queréis, que merezcan los derechos individuales, yo me atrevo á proponer á vuestra meditación ahora una observación, y os pido que me contestéis con la razón, y os pido que me contestéis, si podeis conseguirlo, imparcialmente. ¿En dónde habeis visto, señores, en dónde habeis visto ó dónde creéis poder ver que sea posible trasladar los derechos individuales á un país en que hay un partido que no solicita ni más ni menos libertad, que no pretende ni más ni menos igualdad, que no aspira ni á más ni á menos legalidad, sino que únicamente aspira á romper el lazo de aquella sociedad, á destruirla, á hacer dos ó tres pedazos de la nacionalidad misma? ¿En dónde habeis visto que, como regla general, de una manera igual, sin hacer excepción de ninguna especie, puedan llevarse estas garantías y estos derechos, no ya á ciudadanos igualmente poseídos todos de un mismo sentimiento nacional, atados por el vínculo común del amor á la patria, sino á manifestes enemigos, á verdaderos extranjeros, á gentes que están tan en guerra con su nacionalidad originaria como pudieran estarlo los más impíos, los más hostiles, los más adversos de todos los extranjeros?

Este es un absurdo, Sres. Diputados; esto digo, y repito que no se ha visto en parte alguna: esto no se podrá ver, como no se ha visto aún en la historia, y por

lo mismo que no ha cabido aún en la historia, no cabe tampoco en ninguna razón imparcial y desapasionada.

Toda sociedad necesita, señores, una base; por lo menos necesita una base incontrastable; toda sociedad necesita un vínculo común, por lo menos, el vínculo del patriotismo. ¿Concebís, Sres. Diputados (si es que dudáis todavía de la evidencia de esta tesis que os presento, y si es que creéis fácil negarme esta tesis), concebís, concebía el Sr. Ministro de la Gobernación, concebía el Sr. Ministro de Estado, que ha sido ya Ministro de la Gobernación, que pudiera existir esta sociedad peninsular española, si además de hallar ahora en su seno un partido carlista, enemigo de la legalidad existente, y un partido republicano, enemigo también de la legalidad existente, y varios otros partidos reaccionarios, enemigos también de la legalidad actual, tuviera que habérselas por otra parte con un gran partido organizado, constante, inteligente, poderoso, que aspirara al propio tiempo a despedazar la Patria? ¿De qué sería (no sería ya solo de plomo) la losa de los derechos individuales en una situación, en un estado de cosas como el que hipotéticamente acabo de presentar á vuestros ojos? ¿Qué no hubiera dicho el Sr. Ministro de Estado de una situación así desde aquel banco? ¿Qué no diría el Sr. Ministro de la Gobernación, cuando nos pondera las dificultades de nuestra situación actual, si á todas ellas tuviera que reunir el que una parte considerable de la Nación, mientras los demás nos entretenemos en discutir cuestiones políticas, obraba como extranjera, y constante y asiduamente trabajaba por destruir el ser mismo de la patria? ¿Concebís siquiera la posibilidad de mantener tal estado de cosas?

No hace muchos días se dijo aquí que había en el partido español de la isla de Cuba individuos que profesaban tales ó cuales opiniones políticas. Y bien: yo no lo sé; pero yo lo afirmo. Es indudable, señores, que ya á estas horas en la isla de Cuba, como en la de Puerto-Rico, habrá españoles que pertenezcan de corazón al partido carlista, habrá españoles de los que especialmente llamais borbónicos, que quieran la restauración de Doña Isabel II; habrá españoles que quieran la revolución y la misma república. Todo esto habrá, todo esto debe haberlo, todo esto no tiene nada de particular que lo haya. Pero si todo esto hay allí; si todo esto ha de desembosarse y salir necesariamente á luz con el ejercicio de los derechos políticos, ¿qué confusión horrible queréis llevar allí? ¿No comprendéis el partido que de esta lucha política interior sacará inevitablemente un enemigo torpemente extranjero, pero extranjero al cabo por sus sentimientos, como es el que en estos momentos está ensangrentado todavía los campos de Cuba?

Es, pues, imposible que la Constitución española, que una Constitución democrática como la nuestra sea integralmente llevada á aquellas Antillas, desde el momento que todo contribuye á demostrar, como está demostrado con una evidencia palpable, que existen grandes partidos separatistas en las islas de Cuba y Puerto-Rico. Lo que hay que hacer allí es ponerse, como he dicho antes, á la cabeza de todo partido español insular y peninsular, de ese partido que quiera ante todo la integridad de la patria. Lo que hay que hacer allí es llevar toda clase de reformas políticas cuando ese partido español, y sólo ese partido español, lo solicite y lo quiera. Lo que hay, en fin, que hacer allí es, si no exterminar, porque estas extirpaciones son imposibles, vencer por completo, humillar, hacer patente su propia impotencia á los enemigos de la patria.

No creáis, Sres. Diputados, que es tan difícil entenderse luego con los vencidos cuando están vencidos bien y debidamente. Con quienes es difícil entenderse es, no ya con los vencedores, sino con los que creen, con los que esperan, con los que sospechan que pudieran alcanzar el triunfo.

El partido español, tanto en la isla de Cuba como en la de Puerto-Rico: el Gobierno español, tanto para Cuba como para Puerto-Rico, podrá dar libertades, podrá acceder á los deseos de los habitantes más reformistas en un momento solo: en el momento mismo que escogió Inglaterra para dar al Canadá la Constitución que hoy disfruta; después de dos insurrecciones aniquiladas; en el momento de la total derrota de los partidarios de la separación de las Antillas; en el momento en que la impotencia de los extranjeros que hablan el idioma español en aquellas islas sea definitiva y completa: en este momento solo, cuando estén tan vencidos los cubanos rebeldes como lo está el Sur delante del Norte en los Estados-Unidos; vencidos de tal manera que no les quede esperanza de destruir su propia patria, separándose del Gobierno de la Península, será cuando este mismo Gobierno podrá ser liberal, apoyado sobre quien debe apoyarse, que es sobre el partido español en Cuba; podrá, si se quiere, hasta tener una gran generosidad con sus enemigos actuales.

Pero hoy por hoy, señores, cuando todavía está indecisa la lucha, y cuando ellos tienen aún esperanza de triunfo, por más que en el preámbulo de la comisión se da por totalmente concluida meses há una guerra que dura todavía; cuando tan poca seguridad hay aún, por desgracia, de que aquí continúe habiendo un Gobierno regular, capaz de continuar la guerra; con el aliento indudable que nuestra interioridad política y nuestras inmensas dificultades políticas interiores está ofreciendo á todas las rebeliones y á todas las osadías, es una insensatez completa, sería el mayor de los absurdos políticos que nos prestáramos á votar este proyecto de ley.

No puede ceder sino el que es fuerte; no debe ceder sino aquel que todo el mundo sabe que es fuerte. A nosotros perjudicó ya sotradamente el abandono de Santo Domingo. Tuve la honra de combatir un día desde aquellos bancos (señalando los de la izquierda) el abandono de Santo Domingo, porque preveía que el triste ejemplo que allí dimos de no tener bastante constancia para arrollar y destruir una rebelión en aquellas islas, iba á crear para nosotros un desprestigio, una idea de debilidad que (lo digo con franqueza) no fué extraña seguramente á la osadía con que se nos presentaron las peticiones de los reformistas en 1867.

Yo aseguro que á ningún poder respetado, á ningún poder en quien se hubiera supuesto la dignidad de la fuerza, se le habría exigido jamás lo que se exigía de las provincias ultramarinas, por sus representantes, en la información referida.

Y hoy, señores, sin culpar á nadie en particular, sin que yo trate en sentido adverso ó favorable de la política interior, porque eso sería altamente inoportuno, ¿no es claro para nosotros, los que nos sentamos en estos bancos, no es claro para vosotros los que os sentáis en los bancos de la extrema izquierda, no debe ser claro para el Gobierno que se sienta en el banco azul, no es claro para todo el mundo, dentro y fuera de España, que estamos aquí atravesando peligros y circunstancias que nos constituyen hoy en una debilidad radical, y que llenan y pueden justificar hasta cierto punto en los que no conocen el indomable patriotismo de la nación española, el que tengan grandes esperanzas de triunfo todavía, á pesar de sus constantes derrotas y de sus pobres recursos militares?

Pues yo digo y repito que en tal estado de cosas es imposible ceder: imposible ceder en Cuba, é imposible ceder en Puerto-Rico. Porque he dicho ya, señores, que ni en la información parlamentaria, ni en las respuestas que á ellas se dieron, apareció siquiera por un instante la absurda idea de separar la cuestión política de Puerto-Rico de la cuestión política de Cuba. Hubo solo un punto relacionado con el estado social y con la cuestión del trabajo, en el cual, por el diferente estado social de Cuba y Puerto-Rico tuvo que haber cierta divergencia. Este punto fué la esclavitud. Pero al nombrar la esclavitud, y al recordarlo lo que se trató entonces, tanto sobre el modo de llevar á cabo la abolición, como sobre la participación que habían de tener en los derechos civiles y políticos los negros libres, no puedo menos de llamar ya la atención de las Cortes sobre uno de los puntos más difíciles y más graves que entraña la cuestión que en este momento se está discutiendo. No porque haya pasado hasta ahora inadvertido, deja de ser á mis ojos este punto el más importante de la cuestión que se ventila.

Todo el mundo conviene ya hoy en que es imposible mantener por más tiempo la esclavitud en las Antillas. El Diputado que tiene la honra en este momento de dirigir la palabra á las Cortes anunció ya la inevitable proximidad de la abolición de esta institución antigua, mancha de la historia, desde el banco del Gobierno. Hizo además, por su propia cuenta, cuanto le fué posible para preparar ese resultado. Obra mía fué el proyecto de ley, que luego fué decreto, sobre la trata, y que ha producido tan excelentes efectos que puede darse por concluida la trata. Dí yo también libertad á los emancipados, que estaban allí peor que los esclavos, y manifesté bien claro, al convocar á los comisionados de Cuba y de Puerto-Rico, que había llegado el caso de pensar seriamente, no solo en el medio de abolir la esclavitud, sino en los resultados que había de producir la abolición, tanto en el orden civil como en el orden político. Conforme todos en que la esclavitud debe desaparecer, lo que únicamente ya podía dividirse (cosa que yo deploraría profundamente) es el sistema de la abolición. ¿Pero qué proponía sobre este punto la información, y qué dijeron sobre él los señores convocados á la información, y nombrados ya por los ayuntamientos de Cuba, ya por los de Puerto-Rico? Los de Puerto-Rico, como tenían un corto número de esclavos, pedían la abolición inmediata: los de Cuba, como tenían gran número de esclavos, lo más que pedían era la abolición gradual. Pero tocante á los derechos políticos que habían de reconocerse en los negros libres, y que es lo que principalmente nos debe ocupar en este momento, y lo único de que quiero yo ocuparme, ni los comisionados de Puerto-Rico, que se señalaron singularísimamente por la franqueza y la libertad de sus opiniones en esta materia, ni mucho menos los comisionados de Cuba, soñaron en proponer que se extendieran desde luego todos los derechos de ciudadanos españoles á los negros que fueran declarándose libres.

Los mismos puertorriqueños, partidarios, como he dicho, en su mayoría de la inmediata abolición de la esclavitud, propusieron que los negros que fuesen declarados libres no gozaran los derechos de ciudadano, ni intervinieran en el gobierno del país, hasta haber justificado por lo menos cinco años de libertad. Los comisionados de Cuba llegaron mucho más lejos. Y como este punto tiene tal importancia en la cuestión que se debate no puedo menos de leer algunos pocos renglones que pongan de manifiesto la opinión de los comisionados de Cuba, sobre esta ya gravísima cuestión entonces, pero mucho más grave ahora, de los derechos políticos de los negros: «De todo lo expuesto, decían, se deduce: primero, que del estado de ignorancia en que se halla en su mayor parte la clase libre de color, nace una razón de conveniencia para que no se dé igual participación política que á la clase blanca; segundo, que los hábitos y hasta las preocupaciones que la esclavitud ha arraigado en el país, obligan al legislador, aunque le inspire el noble espíritu de combatirlos hasta extirparlos, á respetar en cierto modo las costumbres para no provocar reacciones peligrosas.» Fundados en esto, declaraban los comisionados que no podía concederse el derecho de elegibilidad á los negros libres; y lo declaraban con estas palabras: «Respecto de los elegibles, donde el contacto de las dos razas sería mayor, y justamente con aquellos de los blancos que más lo resisten, y donde la ilustración y la cultura son condiciones más esenciales, es indispensable una mayor desigualdad, que no se establezca, sin embargo, exclusiones insuperables, y que sin sembrar odios, ofrezca estímulos á la ambición noble, aprovechándose al mismo tiempo la buena disposición, aún de los más preocupados, á reconocer en las personas de color el mérito relevante.»

Tras esto señalaban los comisionados, respecto al derecho electoral, las siguientes condiciones: Serán electores: «1.º Los nacidos libres en la isla de Cuba que paguen por lo menos 25 pesos de contribución directa. «2.º Lo serán asimismo los libertos nacidos en la isla de Cuba, cuando justifiquen haber gozado cinco años de libertad y paguen por lo menos 25 pesos por contribución directa. «3.º Los libertos no nacidos en la isla de Cuba podrán optar á la consideración de extranjeros después que justifiquen haber gozado cinco años de libertad, y sólo serán electores cuando habiendo obtenido carta de naturaleza, paguen por lo menos 25 pesos de contribución directa.»

Es decir, que los comisionados de Cuba, querían, por razón de no haber nacido en la isla de Cuba y con la declaración subsiguiente de extranjeros, privar de los derechos políticos á una grandísima parte, á la mayor parte de los esclavos de aquella isla. Todo el mundo sabe que no es mucho el número de estos negros esclavos que que no proceda de África. Partiendo de aquí los comisionados blancos, tuvieron buen cuidado de darles el carácter de extranjeros, para resolver indirectamente contra los negros libres la cuestión de los derechos políticos, aminorando mucho, cuando menos, sus indudables peligros. Aun los negros nacidos en Cuba querían que pasaran cierto tiempo de aprendizaje de libertad antes de entrar en el mero derecho de electores, al paso que se les negaba el de elegibles. Si hay ya bastante diferencia entre este sistema y el de la mayoría de los comisionados de Puerto-Rico, mayor y mucho más notable es la que existe entre ambos proyectos y el que hoy desgraciadamente se discute. Por este proyecto todos los negros nacidos en Cuba, africanos ó no, cuando sean libres, que tienen que ir siéndolo pronto, podrán entrar en el ejercicio de todos los derechos políticos, incluso en el de ser elegibles. Pues bien se ve desde luego que esto es totalmente contrario á los votos de los comisionados más avanzados de ideas que tomaron parte en la información, entre los cuales se cuentan Morales Lemus, Armas, Bernal, el conde de Pozos Dulces, Angulo y Heredia, todos los más avanzados en ideas de la isla de Cuba, y algunos de ellos fautores y jefes de la actual insurrección. Y bien, Sres Diputados, esta diferencia entre lo que proponían los comisionados de Cuba y aun los de Puerto-Rico sobre los derechos políticos de los negros, ¿no merece estudiarse y resolverse con el concurso de los representantes de las dos islas hermanas? Aunque la cuestión de la esclavitud sea diferente en ambas, ¿no es igual por entero la de los derechos políticos de los negros libres? ¿Concederéis fácil y ligeramente ahora, en contradicción de lo propuesto por las personas más avanzadas en ideas de aquellas islas, inmediatamente y desde luego toda clase de derechos políticos á los negros de Puerto-Rico?

Aunque imagineis que no hay paridad absoluta entre Cuba y Puerto-Rico; aunque os complazais en establecer diferencias entre la situación de Puerto-Rico y la de Cuba, ¿creéis que por lo menos esta cuestión de los derechos políticos de los negros se puede resolver de una manera distinta en Puerto-Rico que en Cuba? Tan poca idea tenéis de la fuerza y la elasticidad del derecho, una vez reconocido? ¿Tan poca fe os inspira la fuerza interna de los principios? ¿No veis que el sufragio universal está hoy dando la vuelta al mundo, así por los pueblos más preparados como los menos preparados para ejercerle? ¿No veis el gobierno representativo infiltrarse por todas partes, hasta en los países mahometanos? ¿No veis cómo cualquier idea benéfica para la personalidad humana, como cualquier principio ensalzador de esa personalidad, marcha, camina, se desarrolla y subyuga desgraciadamente á veces cuanto se le opone? ¿Cómo podéis juzgar posible resolver de una manera diametralmente distinta los derechos políticos de los negros, iguales en todo lo demás, de Puerto-Rico y de Cuba? Si ahora los concedéis á los negros de Puerto Rico porque son pocos, igualándolos á los blancos, ¿no os estreñéis al considerar que los negros de Cuba vendrán también reclamando después esos mismos derechos? ¿Y qué direis entonces á los negros cubanos? No tendréis fuerza moral para disputarles los derechos que ya habéis reconocido en los de su clase, para negárselos. Vendrá sobre nosotros, vendrá sobre la Nación española uno de los más tenebrosos problemas, uno de los más sangrientos problemas que hayan caído sobre la faz de pueblo alguno en la historia.

Las hordas de negros africanos, á quienes el mismo Morales Lemus prudentemente quería declarar extranjeros, os podrán con igual derecho que los negros de Puerto-Rico ser electores y elegibles como ellos, y tendréis que otorgárselos. Hoy día tenéis aún fundamento bastante para negarlos á todos, en las grandes preocupaciones que todavía dividen á las dos razas: hoy tenéis hábitos seculares de separación, de desigualdad de raza á raza, que lentamente desaparecerían, pero que no es sensato querer destruir en un día. Mas si hacéis que ahora mismo desaparezca esa desigualdad; si legislais ahora para declarar al negro de todo punto igual al blanco en una de las Antillas, ¿cómo podréis negar á los negros de la otra los derechos políticos? ¿Cómo podréis hacer que el negro de Cuba no entienda que es igual al negro de Puerto-Rico, que debe ser elector y elegible, y gozar de idénticos derechos que los blancos? Pues yo quiero suponer ahora por un momento (y voy á abreviar por no molestar demasiado la atención de la Cámara), quiero suponer, digo, por un momento, que esto no es una dificultad tan grave como á mí me parece, que no es cosa invencible.

Admito, por un instante, que sea posible conceder desde ahora los derechos políticos de electores ó elegibles y los derechos individuales á los negros de la isla de Puerto-Rico y negárselos á los de la isla de Cuba, ó concedérselos sin riesgo á unos y otros. Con todo eso os pregunto, señores, por mucha fe que tengáis en esta opinión, hija de nuestro raciocinio únicamente; ¿no es verdad que sería justo, que sería equitativo, que sería inevitable, si queréis obrar con algún asomo de justicia, no resolver esta cuestión, de todos modos gravísima, sin oír á todos los interesados, sin esperar á los Diputados por la isla de Cuba? Por fuerte que vuestra convicción sea...

El Sr. VICEPRESIDENTE (Marqués de Perales): Señor Diputado, ruego á V. S. que tenga presente que está hablando para alusiones personales. La importancia del asunto que se discute, me ha hecho dejarle que lo haga con toda la latitud que S. S. y la Cámara habrán observado.

El Sr. CÁNOVAS DEL CASTILLO: Señor Presidente, voy á concluir. Reconozco, y reconozco desde el principio, que no tenía un verdadero derecho para hablar largamente esta noche; y no puedo invocar en todo caso más que la costumbre constante que ha habido en estos Cuerpos de permitir amplias explicaciones á los hombres de gobierno que se han encontrado en mi caso al tratarse de asuntos en que han tenido la participación que he tenido yo en los de que me estoy ocupando. A pesar de esto, á pesar de haberse respetado siempre tales costumbres, yo no uso, al cabo, de un derecho perfecto; y solo podía haber usado de la palabra en estos términos fiado en la benevolencia del Sr. Presidente y en la benevolencia de los Sres. Diputados. Por esta doble benevolencia debo

dar desde ahora las más sinceras gracias, y voy á concluir con las menos palabras posibles. He dicho ya que es imposible, cualquiera que sea la convicción que tengáis sobre la gravedad de este problema de los derechos políticos de los negros, que es imposible que, imparcialmente juzgando, lleguéis á creer que deba el resolverse sin oír siquiera á los Diputados de la isla de Cuba. He indicado también antes, y repito ahora, que es un sofisma, y nada más que un sofisma, y un sofisma de todo punto insostenible, que sea posible declarar á los negros totalmente iguales á los blancos en la isla de Puerto-Rico, y conservarlos con una grandísima desigualdad civil y política en la isla de Cuba; porque la fuerza de la razón, la fuerza de la idea harán que lo que se acuerde para la raza de color en Puerto-Rico, haya de aplicarse y resolverse de la misma suerte á la raza de color en la isla de Cuba. Para esto he dicho una y otra vez, y no me cansaré de repetir, para juzgar de esto, para resolver sobre esto, para tomar acerca de esto algún partido, para buscar algún concierto entre los intereses, en esto solo distintos, de ambas islas; para evitar, en fin, una incompatibilidad funesta entre los intereses recíprocos de las mismas, juzgo que no hay más remedio que oír á los Diputados de la isla de Puerto-Rico juntamente con los Diputados de la isla de Cuba. En vano me opondréis el artículo de la Constitución que dice: que pueden llevarse á cabo las reformas, ó que pueden aplicarse allí los principios de la Constitución política española cuando tomen asiento los Diputados de una sola de las islas. Yo no sé si estaba en el ánimo de los autores de la Constitución, puesto que no lo estuvo en el de los comisionados de 1863 á 1867, el que esta tremenda cuestión de los derechos políticos de los negros se resolviera también parcialmente. Pudieron muy bien entender que se trataría de elevar los derechos políticos de la Constitución española á la isla de Puerto-Rico para la raza blanca y suspenderlos para la raza negra, puesto que como esta igualdad de los derechos políticos de negros y blancos no había estado hasta ahora en cuestión, no habría osado nadie formularla en los términos del proyecto que se discute. De haberse formulado ya, estoy completamente seguro de que jamás hubieran consentido en semejante resolución parcial los autores de la Constitución de 1869, sacrificando los intereses de Cuba á los de Puerto-Rico, si ya no es que unos y otros quedan á la par sacrificados, que es lo que yo pienso.

Y llegó ya el momento de decir algunas palabras sobre la exposición de los españoles que tuve la honra de depositar un día sobre la mesa. Permítame algunos instantes aún el Sr. Presidente. Como aquellos leales españoles no necesitan defensa alguna de mi parte, porque es tan grande su patriotismo, son tan notorios sus sacrificios, es tan conocida su respetabilidad, que no necesitan de mis encomios esta noche; poco he de decir, no obstante, acerca de ellos, para contestar á algunos cargos injustísimos de que han sido objeto. Todo lo que pudiera decir yo, por sí solo se dice. Lo que os pido únicamente es, ya que voy á pasar tan de ligero sobre este punto, ya que no voy á decir más que unas cuantas palabras, lo que os pido, sobre todo, á los que os erigís en censores del partido español en la isla de Cuba, es que repareis bien que si ellos incurren en alguna falta, que si cometen errores, que si parecen dignos de tal ó cual advertencia, lo que yerran como lo que aciertan, lo hacen por exceso de patriotismo al menos, lo hacen por sobre de ardor en la defensa de la patria, lo hacen por demasía de entusiasmo al defender á la nación española. También en nuestra guerra de la Independencia y en todas ocasiones en que se ha acudido al entusiasmo de los pueblos, ha habido abusos y ha habido excesos.

Todas las cosas humanas tienen sus ventajas y sus inconvenientes. Los Gobiernos que se bastan á sí propios, los Gobiernos que pueden hacer siempre la guerra regular, que pueden conservar el orden público por medio de la aplicación de las fuerzas normales del Estado esos no necesitan para nada del entusiasmo de las muchedumbres: esos pueden ser muy severos con los excesos que esas muchedumbres suelen cometer á las veces, principalmente cuando están apasionadas por una idea grande. Pero cuando no se puede contar, como no se contó en la guerra de la Independencia, con verdaderos medios de gobierno; cuando no se cuenta con medios de resistencia normales organizados, sino que para salir de supremos conflictos hay que apelar al pueblo, á la muchedumbre, á la intervención de todos, entonces, como la excitación del patriotismo es muy viva, hay que contar con exageraciones, hay que contar con inconvenientes, inconvenientes y exageraciones que hay que perdonar fácilmente en gracia de las inmensas ventajas que de la intervención anormal é irregular de las masas armadas obtiene la patria. Después de todo, Sres. Diputados, y voy á terminar, porque estoy viendo alguna impaciencia justa en el señor Presidente, después de todo, podrá ser verdad que cometan algunos abusos, podrá ser verdad que cometan algunos excesos, podrá ser verdad que cometan algunas faltas los españoles armados de la isla de Cuba; pero en mi concepto, y sin duda alguna en el de la historia, bien puede afirmarse que las menores faltas de los hombres, que las faltas de ellos que han de encontrar justificación más fácil en todo tiempo, son aquellas en que hace incurrir el exceso del patriotismo y el ardiente amor á la bandera nacional.

En la segunda columna de la primera plana, número 10 de este periódico, cuarta línea, donde se lee: «nuestra responsabilidad», debe ser: «nuestra personalidad.»

MADRID: 1870.

Imp. de LA INTEGRIDAD NACIONAL, Dos Hermanas, 17.

ERRATA.

En la segunda columna de la primera plana, número 10 de este periódico, cuarta línea, donde se lee: «nuestra responsabilidad», debe ser: «nuestra personalidad.»

MADRID: 1870.

Imp. de LA INTEGRIDAD NACIONAL, Dos Hermanas, 17.